

Historias que enseñan a vivir

©José Vicente Barraza Lázaro 2022

josyvicent.bar@gmail.com

ISBN (En trámite)

Impreso por Autores Editores

Todos los derechos de autor

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Prologo

Historias que enseñan a vivir es una colección de cuentos dirigidos a niños y jóvenes para compartir en familia, escrito en un lenguaje sencillo en el que se mezclan los valores humanos, la ficción y la espiritualidad con el propósito de llegar al lector, resignificando valores tradicionales que en la actualidad están siendo menospreciados por la influencia de infinidad de “culturas” provenientes de diversos puntos del orbe, situación que ha propiciado un olvido total o parcial de muchos valores por parte de la sociedad.

Buena parte de los temas abordados están ligados a situaciones que experimentan las familias actuales, realidades en su mayoría conflictivas que deben ser muy bien tratadas por los padres, al igual que por los docentes en las aulas de clases, lugar que estimamos como el segundo hogar de niños y jóvenes.

Es responsabilidad de padres de familia y docentes hacer buen uso del contenido de este libro, e insistir

hasta la saciedad para lograr un cambio de mentalidad tanto en los hijos y/o estudiantes como en la sociedad en general.

En este mundo de retos es muy trascendental destacar el papel del maestro dentro de la sociedad: el maestro no solo es un orientador, un facilitador de conocimientos. El maestro en un mundo en permanente cambio es también un agente de transformación, un líder, una plataforma de lanzamiento de miles de niños y jóvenes que tienen en sus mentes y en sus corazones muchos ideales, pero por falta de una gran antorcha que los ilumine, como son los excelentes maestros o padres de familia como usted, terminan en las garras de la drogadicción, el alcoholismo, la prostitución y otros flagelos que destruyen a la sociedad.

La descomposición social y la corrupción que se aprecia en las altas esferas gubernamentales es el resultado de diversos factores. Es un error decir que esto se genera en las instituciones educativas públicas, si se tiene en cuenta que las grandes personalidades de la política y los empresarios se educan en colegios privados. ¿De dónde viene la descomposición social y la corrupción? Es un fenómeno en el que usted padre de familia y los

docentes tenemos la gran responsabilidad de erradicar.

Podríamos haber escrito un extenso tratado de ética y valores sobre temas como drogadicción, alcoholismo, prostitución, violencia intrafamiliar, robos, asesinatos; pero para educar a niños y jóvenes los padres y maestros no necesitan tantos términos elevados, técnicos o científicos. Solo basta educar con el diálogo, un ambiente de paz, cordialidad, amor y, ante todo, el buen ejemplo, transmitiendo respeto por las cosas de Dios y por los seres humanos.

Apreciados padres de familia, siempre que tengan la oportunidad, maestros, cada día al iniciar las actividades académicas ya sea en casa o en el colegio, busquen intensamente cualquier pretexto, la oportunidad para dialogar con los niños y jóvenes. Estas páginas son el mejor rodeo para hacerlo. A los chicos les encanta que se les cuenten historias y anécdotas. Esta es una excelente terapia para sembrar la semilla de los grandes valores que hoy tanta falta hacen a la sociedad.

José Vicente Barraza Lázaro.

Mi ángel de la calle

Sentarse en la silla del parque, ya se le había convertido en una costumbre para el abuelito Rafa, quien después de la hora del almuerzo, llegaba a cabecearse debajo de aquel árbol frondoso de guayacán. Por allí solían transitar muchos niños y muchachos que se daban cita al colegio. Lizányuri, una estudiante del barrio, ya se había acostumbrado a ese vivo monumento tallado en carne y huesos, a quien de vez en cuando saludaba tímidamente, pero por quien nunca se había interesado. Una tarde fría con amenazas de lluvia, el abuelo estaba allí rumiando pensamientos, pensando en su soledad, y esta vez mucho más triste porque su mejor amigo, su amigo del alma había seguido el ineludible

sendero que todo mortal tiene que tomar: el expreso de la muerte.

- ¡Hola abuelo, buenas tardes! - le saludó algo resuelta la chica que todas las tardes solía pasar para el colegio.

- Mi nombre es Lizányuri... “*Ángelos Tou Drómou,*” como me decía mi tío Aníbal cuando estaba pequeña... ¡Qué le sucede abuelo, que lo noto tan triste...!

El abuelo un tanto confundido, al principio no supo qué decir... Pero pronto reconoció que era aquella chica con quien algún día soñó haber trabado una sincera amistad.

- ¡Oh perdón niña, estaba casi dormido! ¡Pues... la historia es muy larga! Aquí un poco triste... cada vez me estoy quedando más solo... Mi mejor amigo estaba ya muy viejo y enfermo... hace una

semana murió y eso a mí me ha dado muy duro. Ya no tengo con quién conversar... Me acongoja saber que muy pronto la “*caravelúa*” puede venir por mí. Aunque viéndolo bien, a como estoy, sería mejor que mi Diosito se acordara de mí...

- ¡No diga eso abuelo...! ¡A usted todavía le quedan muchos años por vivir!

- No, no es por eso, es que lo que me ha pasado, me llena de muchos recuerdos confusos que no puedo olvidar...

Se hizo un breve silencio entre el abuelo y la chica, el que fue interrumpido por el ladrido de un lánguido y mugriento perro que merodeaba por el lugar; al parecer era el último y leal compañero de Rafa.

- Y su familia, ¿dónde está su mujer, sus hijos, por qué está tan solo...?

- ¡Ay mi hija, ya le dije, es una larga historia, mi mujer y mis dos hijos hace tiempo me abandonaron, me dejaron solo, el destino me los arrebató de las manos...! ¡Yo no sé qué he hecho en esta vida para estar pagando tan mala suerte!

Hubo un largo silencio, mientras unas lágrimas de dolor corrieron por las curtidas y ajadas mejillas del anciano.

- Mi mujer y mis hijos se los tragó la tierra, se los llevó la avalancha de Armero... ese día le dijeron adiós a este pobre viejo... de haber sabido, le hubiese pedido a mi Diosito que me llevara a mí, pero bueno... el destino es así. Por lo menos ahora ellos están descansando en la gloria de Dios mientras yo llevo conmigo este cruel sufrimiento. ¡Desde hace años me siento muerto en vida!

Para evitar tanto martirio, la joven trató de darle un giro a la conversación y prefirió seguir hablando de otro tema...

- Perdón abuelo, no debí importunarlo... ¿Abuelo, y cuando joven que le gustaba hacer?

- Bueno, yo soy un andariego, cuando pasó lo que pasó prácticamente me eché a recorrer el mundo y es así como conozco a toda Colombia... y ahora me tienes por aquí donde creo que pasaré el resto de mis penosos días... Yo he hecho de todo en esta vida, he trabajado en fincas, he labrado la tierra, pero lo que más me gustaba era la agricultura... En mis ratos de descanso, me dedicaba a la artesanía, fabricaba instrumentos musicales, le hacía a la ebanistería...entre trabajo y trabajo ahogaba mis penas... en fin, hacía de todo un poco... A mi edad eso ya no sirve de nada; por ahí recién llegado al

pueblo quise trabajar, pero todos me cerraron las puertas... nadie confía en extraños... nadie confía en los viejos, sobre todo, si no tienen dónde caer muertos, como yo... ¡Sí, sí, es la dura realidad!

El viejo Rafael se quedó un largo rato en silencio y, mirando fijamente a la joven, recordando sus buenos años de juventud, con una sonrisa casi imperceptible y parodiando una antigua frase de Arquímedes, el célebre físico y matemático, dijo:

- ¡Aunque pensándolo bien...! *“¡si me das un punto de apoyo, si me regalas tu corazón, yo moveré el mundo!”* Confundida y con las mejillas al rojo vivo, la chica exclamó:

- Don Rafael, ¡qué está usted diciendo!

- ¡No, no, no, nada... sólo soñaba... recordaba mis viejos tiempos cuando fui por primera vez a la

escuela, pero mis padres me retiraron porque no había fuerzas para estudiar!

La joven estudiante pensó que tal vez fue muy mala idea hablar de ese tema por lo que súbitamente, se levantó de la silla y se apresuró a despedirse con un breve hasta luego...

Los días pasaron, pero a Lizányuri no se le olvidaban las palabras del viejo Rafa: *“¡si me das un punto de apoyo, si me regalas tu corazón, yo moveré el mundo!”*

Una noche mientras dormía, en un profundo sueño una imagen muy hermosa, rodeada de una nube resplandeciente, se le acercó y con voz dulce le susurró al oído:

- *“Jesús, mi hijo amado, entregó el corazón para redención de la humanidad, esta es la más sublime muestra de amor hacia los demás. No temas hija*

mía, entrega tu corazón al servicio de los seres que te necesitan... Si verdaderamente amas a Jesús, sigue su ejemplo.”

A la mañana siguiente, muy temprano, antes de la hora acostumbrada de levantarse, la joven Lizáyuri corrió hacia donde estaba su mamá y le contó que la Virgen María le había hablado en un sueño. Sofía, la madre de la niña sonrió, pero no le dio la trascendencia que el asunto merecía.

La joven estudiante esperó ansiosa que llegara la hora de la siesta para ir al parque a encontrarse con el abuelo Rafa. En efecto, allí estaba el anciano casi dormido, fingiendo tener su panza llena para engañarse a sí mismo y a quienes pasaban por ahí, como en tantos años lo había hecho.

- ¡Abuelo, perdóname por haberte malinterpretado!
¡Perdóname Abue...! ¡Tengo una gran idea!

¡Acompáñame a tres cuadras de aquí y te presento a mi tío Aníbal...! ¡Él tiene una gran tienda de antigüedades y reliquias, date prisa... vamos!

El anciano, con sus pasos a rastra y un poco escéptico, para no despreciar a su nueva amiga, y pensando en el ronroneo de sus tripas, decidió dejarse llevar de los impulsos de la chica abrigando la esperanza que así de pronto podría darle de comer nuevamente a sus vísceras que esta vez estaban regañándolo más que nunca porque no había nada que comer.

- ¡Tío Aníbal... te quiero mucho... un beso, un abrazo! - ¡La muchacha se abalanzó sobre el cuerpo de su tío y lo abrazó intensamente con el deseo de hablarle con sus sentimientos!

- ¡Tío te vengo a pedir un inmenso favor y espero no me digas que no! ¡Tío... tú eres muy bueno conmigo y yo sé que no me vas a defraudar!

- ¡Pero habla niña que me tienes intrigado! ¡Habla de una vez por todas!

- ¡Tío no me digas que no por amor a Dios...! ¡Quiero que le des trabajo a este pobre amigo que hace días que no come!

- ¡“*Ángelos Tou Drómou,*” sigues siendo la misma que cuando estabas muy niña! Recuerdo que te gustaba traer niños y mascotas que te encontrabas en la calle para brindarle tu ayuda. Es por eso que te llamaba “*Ángelos Tou Drómou,*” un personaje fantástico de una obra de teatro que leí hace mucho tiempo, y que en griego significa “*Ángel de la calle.*”- Recordó alegremente el Tío Aníbal antes de tomar la decisión.

Un tanto desconfiado y a regañadientes, pero presionado por el cariño de su sobrina, el Tío Aníbal aceptó darle trabajo al anciano, pero con la condición que sería por corto plazo mientras pasaba un período de prueba.

Trascurrido varios años, el viejo Rafa y el Tío Aníbal fundieron una gran amistad, tal parecía que habían nacido el uno para el otro. Entre tanto, Lizányuri se hizo mujer, terminó sus estudios universitarios y contrajo matrimonio con un chico apuesto de la ciudad. En tiempo avanzaba, y una madrugada, sin mediar palabras con su gran amigo Aníbal, sin despedirse de nadie, ni siquiera de su lánguido perro, el viejo Rafa compró el tiquete para el primer tren de la madrugada y viajar en el expreso de la muerte a encontrarse con su antiguo amigo de tertulias en el parque, su esposa y sus dos hijos. Al día siguiente, luego de la ceremonia de

honras fúnebres del infeliz abuelo, el Tío Aníbal invitó a su sobrina a su tienda de antigüedades para entregarle un presente que le había dejado su viejo amigo. Se trataba de un juego de cuarto, instrumentos musicales, todos estos regalos para el primogénito de Luzáyuri, y para ella un hermoso cofre tallado en madera preciosa con letras doradas en el que se podía leer el siguiente mensaje: Para mi ángel de la calle. ***“Jesús, mi hijo amado, entregó el corazón para redención de la humanidad, esta es la más sublime muestra de amor hacia los demás. No temas hija mía, entrega tu corazón al servicio de los seres que te necesitan... Si verdaderamente amas a Jesús, sigue su ejemplo.”***

La vida es un Boomerang

Los esposos Pérez Arregaces vivían muy felices. En su ciudad gozaban de muy buenas amistades, tenían una muy buena posición económica y en su empresa todos les rendían admiración. Igual suerte corría su único hijo quien gozaba del aprecio de sus compañeros y maestros.

- ¡Mira mami... los profesores me felicitaron por ser el primero en calificaciones y voy a recibir una condecoración a final de año...!

Expresó con regocijo Juan Andrés, mostrando a sus padres el reporte de calificaciones que le habían entregado en el colegio.

- ¡Qué bien hijo... felicitaciones, Dios te guarde y te bendiga! ¿Y cómo va lo del campeonato de

voleibol...? - Inquirió el padre, quien se sentía orgulloso de los triunfos de su hijo.

- ¡Grandioso, papá...! ¡Todo va muy bien... si ganamos el campeonato tendremos un viaje a isla de San Andrés...!

- ¡Qué bien hijo! ¿...Y no me llevas? Bromeó complacida doña Astrith, la madre de Andrés.

Los meses pasaban, los esposos permanecían muy ocupados en sus empresas y reuniones sociales. Para compensar esta ausencia, premiaban a su hijo con los obsequios que Juan Andrés permanentemente les exigía. Así transcurría la vida del menor quien crecía rápidamente y empezaba a fastidiarse con la soledad que tenía que vivir en casa.

Al siguiente año, se matriculó para el curso un nuevo chico que al parecer hizo química muy

pronto con Juan Andrés, y al llevarse muy bien, se hacían compañía para todas partes donde los invitaban.

Ronaldo era el chico nuevo, quien no acostumbraba los mismos modales de Juan Andrés, pues eran polos muy opuestos. Ronaldo no era un excelente estudiante, sus notas eran muy por debajo del promedio de su amigo y esperaba que sus compañeros hicieran las tareas para copiarlas. Para colmo de males, gozaba inventando apodos a sus compañeros; arreglaba apuestas para hacer que se pelearan y fomentaba el bullying entre sus amigos.

A la salida del colegio, Ronaldo le dijo a Juan Andrés:

- ¡Apresúrate... vamos a divertirnos un rato!
¡Vamos a hacer que el tonto de Mauricio se agarre a los golpes con Adrián!

Juan Andrés no estaba muy de acuerdo con la idea de crear problemas, pero se dejaba llevar por complacer a su amigo y dejar de ser el “chico bueno” que sus padres tanto alababan ante sus amistades.

- ¿Y qué tal si lo saben mis padres? ¿No será que en el colegio se pueden enterar y nos expulsan?

Inquirió un tanto preocupado Andrés, mientras que su amigo hizo todo lo posible por convencerlo de la bronca que estaba por armar.

- ¡No seas tonto... con esta pelea nos vamos a divertir un rato y de paso nos ganamos unos pesos!

En efecto, la riña callejera se dio cerca de la institución educativa, en la que Mauricio y Adrián salieron muy mal librados, y en la institución educativa, el rector tomó drásticas medidas para reprender a los responsables del incidente.

Pasaban los meses y los estudiantes estaban muy cansados de las intrigas y del bullying ocasionado por Ronaldo y su compinche.

A mediados de año, el padre de Juan Andrés regresó muy temprano por la tarde de su oficina, con un aire de felicidad:

- Hola hijo, ¡cómo te va! ¡Mi amor cómo has estado! ¡Adivinen qué traigo en mis manos!

Madre e hijo, escutaron con asombro las manos de don Calixto Pérez, pero no pudieron acertar la respuesta.

- ¡Los tiquetes de pasajes para viajar a la Costa, mis amores! ¡Así que alisten maletas porque viajamos de vacaciones mañana! - Exclamó don Calixto.

Las vacaciones por la Costa Atlántica tardaron una semana, pero de regreso, las cosas no salieron nada bien para la familia Pérez Arregocés. Mientras conducía a toda velocidad, un vehículo les cerró la vía y sufrieron un fatal accidente que le dejó graves fracturas en piernas y tórax al joven Juan Andrés, por lo que permaneció muchas semanas hospitalizado con pronóstico reservado según el parte médico. Luego de tres meses de espera, por fin el muchacho es dado de alta, pero regresa a casa en silla de ruedas.

Un tanto recuperada de la situación, la madre se acerca a su hijo para animarlo a reanudar sus actividades:

- ¡Hola mi amor, ¡cómo te sientes! ¡Pienso que ya es bueno que vuelvas a clases para que no pierdas tanto tiempo!

- ¡No madre, pídemme todo lo que quieras, menos que regrese a clases! ¡Yo no volveré a estudiar nunca más! ¡Mi vida está totalmente destrozada! ¡No soportaría la burla de mis compañeros! -El llanto inundó los ojos del menor quien lamentaba lo sucedido.

El padre del muchacho se empeñó en muchas ocasiones en convencer a Juan Andrés para que retomara sus clases, pero no hubo poder humano que lo convenciera. Fue entonces cuando a los padres se les ocurrió hablar con el director del colegio para pedir ayuda. El director sugirió la visita profesional de la psicóloga del plantel quien dialogando con el joven, pudo comprobar que su

decisión de no volver a clases radica en su mal comportamiento con sus compañeros y su trauma psicológico por las lesiones recibidas en sus piernas lo que le impedía caminar.

- ¡No hay más que hacer! - dijo en tono de júbilo el director del curso, Profesor Juan David.

- ¡Hagamos una fiesta! ¡Sí, una gran fiesta en casa de Juan Andrés! ¡Déjemelo a mí...! ¡Yo me encargo de arreglarlo todo!

En secreto total, el profesor Juan David y los esposos Pérez Arregocés arreglaron todos los pormenores para el gran día. Los docentes, el director y todos los compañeros de Juan Andrés se presentaron de sorpresa en casa de la familia. El joven Andrés no sospechaba nada en absoluto hasta que su mamá lo llevó al jardín de la casa donde lo esperaban los invitados.

- ¡No, no, no quiero estar allí con ellos, no, no mamá, no me obligues, por favor! - Exclamó Juan Andrés al ver a sus amigos.

Pero el director del curso se acercó muy amigablemente al chico y luego de abrazarlo, de suplicarle que los aceptara en casa, Andrés soltó en llanto por un instante. El profesor Juan David animó a su discípulo a calmarse, mientras que los compañeros entonaron una maravillosa canción, adaptación del *Salmo 32* cuyos versos nos dan grandes lecciones sobre el perdón.

Una vez más, Juan Andrés volvió a llorar, pero esta vez se notaba mucho más tranquilo y feliz por lo que estaba experimentando.

Al finalizar la canción, los aplausos y la entrega de obsequios por parte de los presentes, Juan David

pidió el micrófono para dirigirse a sus amistades y entre sollozos dijo:

- ¡El daño que he causado a mis padres y amigos es tan grande, que no tengo perdón de Dios...! ¡Pero si ustedes me perdonan, yo estaré completamente seguro que mi Dios también lo hará!

- Se produjo un silencio rotundo en el público. Luego el chico irrumpió en llanto, pero sus padres se acercaron para animarlo. Finalmente, con los brazos en alto, empuñando un boomerang que su padre le regaló en el viaje realizado a la Costa, expresó con gran determinación:

- Ahora sé que la vida es un boomerang: ¡todo lo que hagas a tus semejantes, tarde o temprano se devolverá contra ti! ¡Cultiva la semilla del mal y recibirás maldad! ¡Haz el bien y Dios te premia con grandes recompensas!

Gran premio a la lealtad

En la pequeña población de Villa de San Roque, vivía un humilde abuelito, quien, con mucho sacrificio, hambre, penalidades y sufrimientos, tuvo la suerte de criar a una hija y a sus dos nietecitos. El anciano de unos 60 años, todos los días se levantaba muy temprano, y tomaba su destartalada carreta, la aseaba, le hacía los ajustes y reparaciones de rigor, y se disponía como una devoción, a recorrer las polvorientas calles en busca de cartones, hierros viejos y bolsas con desperdicios de comida, bien sea para reciclar, para mitigar el hambre, o para otros menesteres. ¡Claro está...! No sin antes echarse la bendición y como en un ritual de siempre, pedirle a Dios por la suerte de su hija y sus nietos que tanto adoraba, a quienes

deseaba ver convertidos en doctores. Por eso, antes de colocar sus pies al suelo, oraba con mucha fe y devoción pidiéndole al Creador que le revelara la forma para cumplir con su anhelado ideal.

- ¡Buen día Don Jacinto...! ¿Qué hace por ahí? -
Le preguntó como de costumbre su viejo amigo Don Rafa.

- ¡Ay, mi Señor...! ¡En el oficio de siempre...
recogiendo basura para ver qué encuentro...!

En la misma rutina, así transcurrían sus años desde hacía aproximadamente dos décadas. Una mañana de sol radiante primaveral salió a cumplir con su trabajo y fue como de costumbre a la tienda más grande del pueblito, y saludó con gran entusiasmo a su amigo Ramiro. Éste, sin escucharlo por la inmensa ocupación atendiendo a sus clientes, apenas le respondió con un gesto y le señaló que

recogiera las bolsas y desechos, cajas desocupadas y escombros que había dejado temprano en la mañana en la puerta de su casa.

- ¡Muy bien, Mi Señor, como ordene usted...! ¡Que tenga un buen día y mi Diosito me lo bendiga...!

Y así, cargando a cuestras sus dolencias y preocupaciones, continuó su labor hasta pasada la hora del almuerzo. Luego de jugar con sus nietos y charlar un poco con su hija, se dispuso a ordenar su cargamento de escombros, basuras, hierros desvencijados, bolsas y desperdicios de comida. De tanto ordenar y ordenar, ya estaba agotado y más bien con la intención de dejar el trabajo para más tarde, cuando de repente, detiene su mirada en un costal viejo, pero que a pesar del tiempo y del uso, aún lucía perfecto. En un breve monólogo como usualmente lo hacía, se dijo:

- ¡Vea...! ¿Y esto qué será? - Empezó a mirar de arriba a abajo, reparar por todos lados el costal que aparentaba estar muy bien amarrado con un fuerte cordel... Con cierta desconfianza, se dispuso a soltar el atado para reparar muy bien el hallazgo.

- ¿Y esto qué será que tiene tantas bolsas plásticas y nudos?

Continuó hablando solo el desventurado “Don Jaso.”

- ¡Vaya... por fin...! ¡Oh, mi Dios bendito, ¡qué suerte la mía...!

Al salir un poco al patio de la casa del destartalado rancho en el que guardaba sus chécheres, pudo notar que tenía en sus manos una gran bolsa con muchísimo dinero...

- ¡Dios mío... esto qué será!

Enmudeció por un buen rato y reflexionó por un largo momento sin contarle de su asombro a su hija Raquel. Pasaron las horas, y luego de meditarlo profundamente en su asquerosa hamaca colgada en medio del patio entre dos robles, decidió hacer lo que Dios y su corazón le dictó: Volver por la tarde a donde su gran amigo el tendero y entregarle su tesoro.

- ¡Muy buenas tardes, Don Ramiro...! ¡Que la paz del Señor esté con usted, y lo acompañe siempre...!

- Muy buenas, Don Jaso... que Dios lo oiga y a usted también lo bendiga... ¡Pero...Qué le trae por aquí a estas horas!

- Como dice el viejo refrán: “Al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios...”

- ¿Y a qué viene tanto repertorio “Don Jaso”?

- Esta mañana encontré en sus cosas que tiró a la calle este paquete y se lo vengo a entregar porque sé que le pertenece...

Extrañado el tendero le espetó.

- ¡Paquete... yo pa' qué quiero paquete viejo... lléveselo a alguna persona que lo necesite, o a sus pelaos pa' que jueguen...!

- ¡Imposible, Señor! ¡...Yo no podría cargar con esa pena moral de quedarme con algo tan valioso que no me pertenece...! ¡Por eso vengo a entregárselo; pues sé que aunque lo necesito, Dios no me perdonaría fallarle...!

Intrigado con tanto misterio, el Señor Ramiro se apresuró a mirar qué era lo que contenía el hallazgo. Cuál sorpresa se llevó cuando recordó el costal de dinero y con gran asombro se abalanzó sobre el bulto cayendo sobre él. Pasó un instante y

se repuso de la caída. Se levantó y rápidamente abrió el costal. Pudo notar que todo estaba intacto como lo había guardado por mucho tiempo.

- ¡Don Jaso, Don Jaso... usted es un amor de Dios...! ¡No tengo cómo pagarle lo que ha hecho por mí...!

- ¡No tenga cuidado, mi Señor...! ¡Sólo mi Dios sabe lo que hace...! ¡Cualquier amigo suyo habría hecho lo mismo por usted! ¡Tenga más cuidado, lleve su dinero al banco...!

- No señor Jacinto, usted tiene un alma muy noble... yo no sé cómo recompensar esto que acaba de hacer...

Los dos hombres enmudecieron por un buen rato. Pero fue el abuelo Jacinto quien interrumpió el largo silencio:

- ¿Está completo?
- ¡Claro... completico Señor...! ¡Dios lo bendiga y le de muchos años de vida, don Jaso!
- ¡Dios lo escuche, pero no desearía vivir muchos años de vida en la situación en la que siempre he vivido con mi humilde familia...! ¡Más años de angustia pa' que!
- No se preocupe, viejo amigo... Le propongo que deje su viejo y tortuoso trabajo y se venga a trabajar conmigo... A su edad, usted no va a trabajar duro en mi negocio. Solo para que me acompañe, porque yo no tengo familia; me haga algunos mandados, cobrarle a algunos clientes, llevar paquetes... cosas sencillas que no van a ser de mucho esfuerzo... Es más... aquí le doy el “*bocaito*” de comida y puede ayudarle a sus nietos y su hija con lo que yo le pague.

- ¡Un millón de gracias, Señor, ¡pero creo que no seré capaz de tanto encargo...! ¡Lo mío es mi carreta, pues en eso he trabajado toda una vida...!

- ¡Me va usted a perdonar, pero aquí está su cena servida y cuando se vaya, me dice para que lleve algo a su familia...!

Después de unos días, los dos amigos cerraron el trato y Don Jacinto se aclimató a su nuevo empleo que luego de un largo tiempo empezó a hacer con mucha pericia. Pasaron los años y el dueño de la tienda más grande de Villa San Roque empezó a sentirse muy mal, pues el exceso de trabajo, las deudas, las preocupaciones comenzaron a diezmar su salud. Una noche enfermó y Raquelita, la hija de don Jaso, tuvo que internarlo de urgencias en el Hospital donde a los quince días falleció. Al sentirse muy enfermo, y al conocer el dictamen del

cardiólogo, el viejo tendero tuvo tiempo de escribir una breve nota que decía:

“Don Jaso, amigo mío... No sabes lo mucho que te aprecio y te llevo en mi corazón... Dios no me dio una familia como la tuya, pero asumo que mi única y gran familia eras tú y tus seres queridos. No tengo a quién dejarle mis bienes; por eso, te pido que cuides de ellos, pues te pertenecen. Nunca temas... Dios te protegerá y nadie te juzgará por lo que hagas porque Dios siempre está contigo, tú has hecho de Él tu Escudo Protector... ¡Adiós viejo amigo... que Dios te bendiga por siempre!”

Con el correr de los años, Don Jaso heredero de la tienda del pueblo, también falleció, pero dejó como herencia a su aldea dos grandes profesionales que hoy día son los más distinguidos: el médico y el abogado del pueblo.